

Así evangelizaban los Apóstoles al mundo, y apenas resonó ese lenguaje de amor que ninguna lengua humana había jamás articulado hasta entonces, que ningún oído humano había percibido; apenas, repetimos, resonó en los oídos de los hombres, y penetró hasta su corazón, el mundo se conmovió, y se efectuó una revolución en todo lo que tiene de más íntimo la naturaleza humana. El corazón del hombre fué transformado: el miedo le había hecho arrastrarse por el fango: el amor le sacó de él, le purificó y le elevó hasta la santidad y la gloria de Dios, quedando cumplida la profecía de David: «En vano ha confiado el hombre en la profundidad de sus pensamientos; no ha hecho más que bajar queriendo elevarse: Dios sólo triunfará (1), porque sólo Dios puede levantar y rehabilitar al hombre.»

El fuego de la caridad se esparció por el mundo, y consumió en él todas las ligaduras profanas. El hombre comenzó á mirar como padre al Dios ante quien había temblado como si fuese un enemigo terrible. Se comenzó á invocar con una ternura enteramente filial el nombre santo de Dios, que antes no se pronunciaba sino con terror. El alma cristiana comenzó á llamar á Dios, mi amado, mi hermano, mi amigo, mi bien, mi todo, mis delicias: hé ahí mi Dios, yo le trataré con toda confianza, y ya no le tendré miedo (2).

Así, allí en donde había reinado el terror, imperó el amor, el amor más puro en sus motivos, el más generoso en sus ofrendas, el más constante en sus pruebas, el más heroico en sus sacrificios. Diez y ocho millones de individuos de todas clases, edades y sexos, tiernos niños, vírgenes delicadas, débiles ancianos, no tuvieron ya más felicidad en la vida que la de amar á Dios, más

(1) Accedet homo ad cor altum et exaltabitur Deus. (Salmo LIII 7.)

(2) Ecce Deus meus, fiducialitèr agam et non timebo. (Is., XII, 2.)

deseo que el de sacrificarse por Él, ni más esperanza que la de poseerle, aun á costa de toda especie de privaciones, penalidades y tormentos, cuya sola narración hace estremecer de horror. Toda su ambición era el poder regar con su sangre, en las hogueras, en espantosos calabozos, en los cadalsos y en las garras de las fieras, la vehemencia, la fuerza y la constancia de su amor.

No os asombréis de esos prodigios de valor y de generosidad: el hombre que ama á Dios es el hombre de entendimiento despejado, de corazón puro, de razón libre, de voluntad recta, de miras elevadas, de sentimientos generosos, de deseos divinos, de obras perfectas... ¡Es el hombre regenerado, ennoblecido, elevado sobre sí mismo, superior á la humanidad!... ¡El hombre deificado!... «¡No soy yo el que vivo, exclama el Apóstol; Dios es el que vive en mí!...» (1).

El fuego sagrado destruye todos los afectos profanos, doma todos los malos instintos, todas las propensiones viciosas, diviniza el yo humano. La vida mística, la vida interior, la vida perfecta, no es más que la deificación del yo humano por el amor.

Los mismos efectos se producirían en esos espíritus degradados por el error, desolados por la duda, desgarrados por los remordimientos y embrutecidos por el vicio; si se pudiese llegar á inspirarles un poco de confianza en Dios: entonces se salvarían. Que una chispa del amor de Dios caiga sobre esos corazones helados por el deleite, endurecidos por el egoísmo, y al punto el mármol se transforma en carne, y bien pronto se derriten como la cera al contacto de un hierro candente (2). Nadie, pues, debe desesperar de creer, de convertirse y de amar. Pero guardaos muy bien de resistir á los primeros

(1) Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus. (Galat., II, 20.)

(2) Factum est cor meum tanquam cera liquescens. (Salmo XXI, 14.)

movimientos del amor inicial. No hay profundidad de donde no se pueda salir, ni punto tan lejano de donde no se pueda volver, ni enemistad tan arraigada que no pueda hacerse ceder á la práctica de la religión. Porque la religión no es más que amor; la fe es el amor que cree; la esperanza es el amor que aguarda; la oración es el amor que pide; el culto es el amor que adora; el arrepentimiento es el amor que siente; la penitencia es el amor que se castiga; la caridad es el amor que se sacrifica, y el martirio el amor que se inmola (1). Así el amor de Dios llega á ser un medio tan eficaz como universal de regeneración para cada hombre en particular.

SEGUNDA PARTE.

RESTAURACIÓN DE LA SOCIEDAD POR EL AMOR DE DIOS.

Tengo que demostraros todavía lo que puede el amor de Dios en la restauración de la sociedad entera.

No es la palabra de un legislador humano la que puede regenerar las sociedades. Puede imponer leyes, mas no inspirar el amor, y menos aun variar los corazones é inclinarlos constantemente al deber. Sólo un legislador divino puede llevar á cabo todo lo que anuncia: las palabras, en su boca, son actos creadores: todo lo que dice, lo realiza y lo cumple. No hay, pues, que temer que la palabra de Jesucristo sea menos eficaz y menos poderosa en cuanto al amor del prójimo, como en relación al amor de Dios. Lo que ha hecho para atraer el corazón de cada hombre al amor de Dios Padre, lo hará para atraer á los hombres al amor de la fraternidad.

(1) Plenitudo ergo legis est dilectio; qui diligit, legem implevit. (Rom., XIII, 8, 10.)

En efecto, en el sentido más enérgico y absoluto, Jesucristo ha declarado el segundo mandamiento semejante al primero: *Secundum autem simile est huic*. Por una sola y misma caridad, dice San Agustín, amamos á Dios y á los hombres (1).

«Los hombres, dice Orígenes, regenerados por el amor de Dios, formados en amar á Dios como á padre común, comenzaron naturalmente á amarse como hermanos. El amor del hombre es la consecuencia necesaria, el reflejo del amor de Dios. No se puede amar sinceramente á Dios sin amar al hombre, criatura de Dios, hijo de Dios, imagen de Dios y representante de Dios; sér que ha llegado á convertirse en sagrado, que se ha deificado por los sacramentos, y que casi ha llegado á ser Dios mismo: *Ego dixi, Dei estis*. (Salmo LXXXI, 6.) Es imposible amar á Dios, padre de los hombres, sin amar á estos como hermanos. De ahí, entre los cristianos, el respeto á la mujer, al niño, al esclavo, al pobre, al enfermo y al desgraciado. De ahí los industriosos recursos de la caridad, la abnegación sublime para enjugar las lágrimas, consolar á los afligidos, mejorar la condición y salvar la vida. Los mártires de la fe fueron al mismo tiempo los mártires de la caridad. El mundo pagano, asombrado de ese espectáculo, sojuzgado por esos prodigios, se confesó vencido: cedió menos á la virtud de los demás milagros que á los milagros de la virtud, y fué menos convencido por el raciocinio que por el corazón. De ahí también la propagación tan rápida del Evangelio y los prodigios de la civilización cristiana, desconocidos entre los infieles. Porque como la verdadera santidad no es más que el amor de Dios, del mismo modo la civilización no es más que el respeto, que el amor, que la ad-

(1) Una eademque charitate Deum hominemque diligimus, sed Deum propter Deum, proximum et nos propter Deum. (San Agustín.)

hesión del hombre por el hombre. Pero el respeto, el amor, la adhesión del hombre por el hombre, no derivan más que del amor de Dios. El mandamiento de amar á Dios: *Secundum autem simile est huic*. El amor de Dios, es pues, el fundamento de la verdadera civilización.»

Católicos á quienes vuestras bondadosas madres, esos primeros apóstoles del hombre, esos primeros evangelistas que revela Dios al hombre, os han acostumbrado, desde vuestra más tierna infancia, á llamar á Dios vuestro Padre: vosotros que habéis mamado con la leche la fe, la esperanza y el amor de Dios, vosotros os encontráis en la dichosa imposibilidad de comprender el inefable prodigio, el inmenso alcance de esa resurrección moral del hombre por el amor. Cuando veis tan comunes, tan fáciles y tan populares entre nosotros esos sentimientos de confianza en Dios y de simpatía hácia nuestros semejantes, creéis esos sentimientos una cosa enteramente natural, espontánea, y los miráis como la expansión propia del alma humana.

Mas para convenceros de que esos son prodigios del amor de Dios, encendido divinamente en los pueblos cristianos, no tenéis más que dirigir vuestra mirada sobre esos pueblos desgraciados que han permanecido extraños á la buena nueva, ó que la han rechazado obstinadamente. En ellos, Dios no es más que un enigma temible que hiela el corazón de espanto, que somete al hombre á una ley de hierro que le tiene clavado en un fanatismo desgarrador; Dios no es más que un dueño severo, un poder enemigo que es necesario apresurarse á aplacar con sacrificios horribles, mientras que en la desesperación de gustar las delicias del espíritu se sumergen en los goces corporales y en todos los vicios hasta el más completo embrutecimiento.

Ignorando el dogma santificador de la paternidad di-

vina, ignoran el dogma civilizador de la fraternidad humana. Allí el hombre aborrece al hombre; allí el hombre desprecia, explota y esclaviza al hombre. Allí lo justo es lo útil, la razón es el capricho, el derecho es la fuerza, y de ahí la verdadera barbarie. Porque así como la falta del amor de Dios es la depravación ó la verdadera barbarie del alma, así también la falta de amor al hombre es la barbarie ó la depravación de la sociedad.

Sólo amando á Dios se puede realmente amar al hombre, y por consiguiente, allí en donde Dios no es amado, en donde solamente es temido y odiado, no hay más que indiferencia, desprecio y odio al hombre. Por donde quiera que Dios es blasfemado, el hombre es crucificado; por donde quiera que el culto es superstición, por donde quiera que falta la Religión verdadera, allí falta también el verdadero lazo entre los hombres, la verdadera civilización: allí no hay más que pasión, capricho, arbitrariedad, tiranía, opresión, y, en una palabra, barbarie.

La barbarie causa miedo... ¿quién, pues, querrá ser bárbaro? Para evitarlo se ha tratado de parodiar el cristianismo, y se ha llamado á los pueblos á la fraternidad. ¡Vana y pueril tentativa el querer establecer la fraternidad humana, olvidando la filiación que nos enlaza á Dios!... No; los hombres no pueden amarse como hermanos, sino acordándose de que son hijos de Dios...

No sabemos qué se haya hecho con una civilización en que se ha olvidado á Dios: en vez de avanzar se ha retrocedido, ó, si queréis, no se ha obtenido más que un progreso negativo; el progreso en el mal, progreso en la miseria y progreso en toda clase de vicios. ¡Qué cosa más boba y más estúpida que el querer arreglar sobre la tierra y cifrar en ella los intereses del hombre que descende del cielo!... ¿Qué es lo que hacen, si os place, esos legisladores que, al meditar sus leyes, jamás han tenido por

mira á Dios, que es el Soberano legislador?... (1). Para mejorar la condición del hombre es necesario entenderse con Dios, es necesario conocerle, invocarle, apoyarse en Él y propender á llevar al hombre hacia Dios. Olvidando á Dios, jamás se hará nada por el hombre.

Para comprender bien esto basta recapacitar un poco sobre lo que vienen á ser sin el amor de Dios los tres poderes constitutivos de toda sociedad: la familia, el poder público y la Iglesia. Sin el amor de los padres, no hay familia; sin el amor del poder público, no hay Estado; sin el amor de los ministros sagrados, no hay Iglesia. Pero estos diferentes amores no tendrán sinceridad ni duración sino en cuanto están sacados del cielo. Esos poderes deben ser amados, no por lo que son en sí mismos, sino por lo que representan. Es necesario amar el poder doméstico, porque representa al Dios criador, y continúa acá abajo la acción divina, la acción creadora que hace nacer al hombre: es preciso amar el poder público, cualesquiera que sean su forma y su nombre, como representante del Dios conservador y continuador de la acción divina, que protege y mantiene los individuos y las familias: es indispensable amar el poder religioso por cuanto representa al Dios santificador y continúa la acción santificadora. La experiencia y la historia nos dicen lo que llegan á ser esos poderes cuando no son amados.

Antes que se hubiera imaginado llamar á Dios el *Ser Supremo*, Dios no era entre nosotros más que el buen Dios. Esta palabra era un acto público de amor, la expresión del sentimiento universal de todo un gran pueblo. Las palabras universales son siempre la expresión de los sentimientos universales. La fe en Dios era, pues, entonces la fe en el Dios de bondad, en el Dios Padre: de esa paternidad se derivaban todas las otras. Amando á Dios,

(1) Non proposuerunt Deum ante conspectum suum. (*Salmo* LIII, 5.)

al Dios bondadoso, se amaba por consecuencia al padre, al Rey y á la Iglesia. La nación del Dios bueno desapareció, y con ella todos los sentimientos afectuosos. Bien pronto vinieron leyes tan desatinadas como impías: al mismo tiempo que se decretaba la existencia del Sér Supremo, se decretaba, con la declaración de igualdad, la abolición de los poderes: se decretaba su odio, como si los sentimientos pudiesen ser impuestos por las leyes. Todos los vínculos sociales quedaron rotos: todo respeto, todo amor del hombre hacia el hombre se extinguió en los corazones: el rencor llegó á ser el único patriotismo. Llegó á tenerse por un juguete el asesinato y el cadalso, y por una gloria la barbarie: la sangre corría á torrentes.

Esas no fueron monstruosidades excepcionales, no fué más que la lógica de las pasiones. Y esa será la suerte eterna de toda sociedad desheredada de Dios. Es imposible sostener de otro modo que por la fuerza y el temor á los hombres que no se aman mutuamente. Entregados á su libertad, no tardan en degollarse y destruirse unos á otros: hasta la cuchilla misma se cansa de reprimir las enconosas pasiones humanas: la esclavitud llega á ser una necesidad: entonces la justicia no es ya más que una quimera, y la fraternidad un sacrificio tan absurdo como inútil.

Así se explica el hecho inmenso, constante y universal de que toda sociedad no cristiana es esclava. Allí en donde Dios no es conocido bajo las relaciones de paternidad y de filiación, no es amado: en donde Dios no es amado, los hombres no se aman. El amor de Dios, ese cimiento necesario para el edificio social, ¿podrá suplirse por medios artificiales? No: no es con frases ni con poesía, con leyes, con frías teorías como la razón, inciertas como la duda, vacías como la nada, como se podrá variar el corazón del hombre. Las leyes humanas suponen los sentimientos, no los crean.

Para reformar seriamente al hombre, es necesario hacer de él una nueva criatura: sólo los motivos tomados de los misterios del Hombre-Dios extinguen las enemistades (1).

La caridad impuesta por la ley es el comunismo. Sin una ley de pobres, apenas tenéis pordioseros: nadie se muere de hambre en los pueblos de fe. Imponer á los ricos una contribución para los pobres, sería obligarles á hacer por fuerza lo que no hacen por caridad. Y eso supone la necesidad de llegar hasta ahí, por la perspectiva de los motines, del saqueo y de la lucha civil, y además que es indispensable llenar el vacío que deja la caridad. ¡Vanos esfuerzos!... La beneficencia forzosa está atacada de esterilidad en su mismo origen: alivia pocas miserias; no consuela ninguna, y con frecuencia corre el riesgo de multiplicarlas.

Si os remontáis ahora desde los efectos á las causas, podréis medir los resultados de las malas doctrinas. Veréis-lo que debéis pensar de vuestros filósofos, que sin negar completamente á Dios, le niegan el título de Criador, y le despojan así de su título de Padre, y destruyen en el corazón del hombre todo sentimiento de reconocimiento y de amor para con Dios.

Un dios que no ha criado al hombre, no tiene derecho alguno á sus homenajes, y no puede tampoco mezclarse eficazmente en los negocios del hombre. Por mejor decir, debe permanecer extraño al hombre, como el hombre permanecerá extraño á ese dios. ¿Qué seguridad tengo de que me ame? ¿Qué obligación tengo de amarle? Semejante dios, ¿es verdaderamente Dios?

Yo dejo ese dios á los filósofos, la mejor gente del mundo, pues, como es bien sabido, se contentan con

(1) Ipse est pax nostra... qui fecit utraque unum... Interficiens inimicitias in semetipso. (*Ephes.*, II, 14, 16.)

todo, aun con la miseria; que todo lo aceptan, hasta el error, y sus perpetuas contradicciones; y que todo lo creen, hasta lo absurdo, excepto las sublimes verdades del cristianismo. Dejo ese dios á su inteligencia limitada, á su razón fácil, á sus pretensiones discretas, á sus exigencias moderadas: pueden contentarse con él si así les conviene. Por lo que á mí hace, no me satisface: cada uno siga su gusto, pero me parece que ni el suyo ni el mío es el de prosternarse ante semejante dios. Quizá esto puede tomarse como presunción y orgullo por mi parte, y censurármese el ser demasiado descontentadizo y exigente en materia de divinidad. Pero ¿cómo ha de ser?... Confesaré si es necesario mi orgullo, pero no quiero doblar la rodilla ante un dios que no me pertenece, que no me ama, que no se cuida de mí, y que yo tampoco puedo amar. Semejante dios no me interesa, no llena mis deseos, y no me es posible resolverme á adorarle. Declaro que si la Sagrada Escritura y la Iglesia me propusiesen un dios de esa especie, iría á buscar en otra parte el dios de mi razón, y dejaría el Dios de la Sagrada Escritura y de la Iglesia.

Yo me dirijo al Dios de la revelación, y dejo al dios de la razón filosófica. Necesito al Dios cristiano y no el dios abstracto; el buen Dios, y no tan solo al gran Dios: necesito, no sólo el Dios que todo lo sabe, que todo lo puede, que lo rige todo, que lo ve todo, que puede á todo, que sobrevive á todo, que todo lo recompensa y todo lo castiga; y aun todo eso no es bastante para mí: tengo además necesidad del Dios que habla á mi corazón, del que quiere mi corazón, y que le busca y desea; del que me ofrece su corazón y me pide el mío, que me ama, y al que yo puedo amar, porque sé todos los títulos y derechos que tiene á mi amor.

El Dios vivo á que todo sér aspira y del que sale todo sér, al que todo sér honra como su Dueño y su Criador,

como el origen de todo consuelo, de toda felicidad, es el Dios ante quien mi espíritu sonrío, mi corazón palpita y mi carne se estremece (1); y pues que ese es el Dios de la Sagrada Escritura y de la Iglesia, me arreglo muy bien con Él, me consuela, me satisface, y á Él quiero adherirme.

Él me asegura que está pronto á ayudarme, á protegerme y á salvarme, porque me ama. No puedo dudar que me ama, pues que quiere ser amado de mí; porque el deseo de ser amado es un indicio seguro de amor. El que quiere ser amado, seguramente ama primero, aun cuando no se me hubiera dicho que el Padre eterno nos ama: *Pater amat vos*, por lo mismo que me manda amarle, que no desdeña mi amor y que le recompensa, le reconozco por mi Padre, mi Dios, mi todo. A Él es á quien puedo adorar sin degradarme. Me prosterno, pues, á sus piés, y le adoro, porque es el Autor de mi sér: me adhiero á Él, y soy feliz en él y con Él, y pongo mi esperanza en Él, *Mihi adherere Deo bonum est* (2). Y pues que no sólo me permite, sino que me ordena amarle tan infinitamente como es infinitamente bueno, quiero amarle con todo mi sér, con todo mi espíritu y con todo mi corazón. Con eso todo mi sér será realzado y ennoblecido, porque amándole me uno á Él, llego á ser Él, un sér deificado. El objeto amado está en el que ama, como el objeto conocido es el que conoce (3). Yo le amo, le abrazo, le estrecho contra mi corazón, y le colmo de caricias.

Me entrego todo á Él: someto mi razón á su Evangelio, que me da ideas tan justas, tan grandes, tan sublimes, tan tiernas é insinuantes de su divina naturaleza: las únicas dignas de su majestad y de su grandeza, de que

(1) Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. (Ps. LIII, 3.)

(2) Ps. LXXII, 28.

(3) Omne amatum est in amante, sicut omne cognitum in cognoscente. (Santo Tomás.)

la filosofía jamás se ha apercibido. Acepto su revelación, abrazo su culto, quiero cumplir sus leyes. Será el Dios de mi inteligencia: *ex tota mente*; será el Dios de mi corazón, de todo mi afecto, *ex toto corde*; será la regla de toda mi vida, de todas mis acciones, el centro de todos mis deseos. No amaré á las criaturas sino en Él, por Él y con Él, y sin causarle perjuicio: Él sólo será el objeto y el término de mi fe, de mi esperanza, de mi amor; y no seré feliz sino en Él y con Él, en el tiempo y en la eternidad. Así sea.